

Fijamos para la ceremonia el 15 de Octubre, vigésimo quinto aniversario de la llegada del augusto desterrado á Santa Elena á bordo del *Northumberland*. Se había convenido en que las operaciones empezaran con el día civil á fin de terminar antes de que transcurriera.

El 14, á las diez de la noche, desembarqué con los generales Bertrand y Gourgaud, el conde Las Cases, los señores Marchand y Arturo Bertrand, el abate Coquereau y dos monacillos, los señores Saint-Denis, Noverraz, Pierron y Archambault, los capitanes de corbeta Guyet, Charner y Doret y M. el Dr. Guillard, médico mayor de *La Belle-Poule*, con un obrero metalario. Según vuestras instrucciones, nadie más entró en nombre de Francia en el recinto reservado alrededor de la tumba mientras duraron las operaciones. En la rada y en la ciudad, el tiempo era excelente; pero en los parajes elevados encontramos viento frío y lluvia copiosa, que no cesaron hasta el día siguiente á la hora del traslado. El valle de la Tumba, sito á legua y media de la ciudad, estaba guardado desde la puesta del sol por un piquete de soldados de la guarnición, con la consigna de apartar á los curiosos y á todo el que no hubiese sido designado por los comisarios para presenciar los trabajos ó tomar parte en ellos. El capitán de ingenieros M. Alexander, encargado de dirigirlos, nos esperaba ya en el valle, con las cinco primeras autoridades de la isla. El gobernador, general Middlemore, no pudo asistir de noche á causa de su quebrantada salud.

... A las doce y media de la noche empezaron las operaciones, que prosiguieron activamente y sin descanso durante nueve horas. En un principio temimos que, á pesar de nuestros esfuerzos, no pudiéramos efectuar el traslado aquel mismo día, pero al apuntar el sol desvaneciéndose todo temor de aplazamiento. Unánimemente aplaudimos todos la admirable diligencia desplegada por el capitán Alexander en las operaciones, algunas de ellas muy delicadas, y su presteza en satisfacer nuestros más mínimos deseos.

... A las nueve y media de la mañana estaba ya toda la tierra extraída de la fosa, y levantada con ayuda de una cabria la gran losa sepulcral. — Las sólidas obras de mampostería que rodeaban la tumba habían resistido los rigores de veinte años, de modo que á primera vista no se notaba efecto alguno de la influencia atmosférica ni de la

fuente vecina... Las bragas que al efectuarse el enterramiento sirvieron para bajar el ataúd á la fosa, estaban todavía en ella, de modo que se hubieran creído puestas allí por los mismos obreros ocupados en la exhumación. En la cavidad de la tumba apenas se notaba humedad y estaba perfectamente conservada. El abate Coquereau entonó las preces de ritual, mientras los soldados de ingenieros, con la cabeza descubierta, sacaban el ataúd para trasladarlo á una tienda levantada al efecto.

Después de esta ceremonia religiosa pedí que bajo mi responsabilidad se destapase el ataúd, á fin de que el doctor Guillard tomara las medidas prescritas por una comisión de la Facultad de Medicina de París, para evitar la descomposición ulterior del cadáver. El señor Wilde, decano de los jueces de la isla, allí presente, observó que las leyes inglesas exigían ciertas formalidades antes de destapar el ataúd; pero como el capitán Alexander y yo respondiéramos que el caso estaba ya previsto y determinado de antemano con el gobernador, se limitó el juez Wilde á reclamar que hiciéramos constar sus observaciones en el atestado correspondiente, aunque me pareció inútil acceder á esta demanda.

Al examinar de cerca el ataúd exterior vimos que la parte inferior estaba descompuesta, por lo que ordené sacar el segundo ataúd de plomo, que se hallaba en buen estado, y colocarlo en el traído de Francia y puesto previamente en la tienda, donde con el mayor cuidado procedimos á destaparlo. Entretanto, llegaron el gobernador de la isla con su estado mayor y el oficial Touchard, ayudante de órdenes de Monseñor el príncipe de Joinville, á quien ya había tenido yo el honor de informarle del curso de las operaciones.

El ataúd de plomo contenía, de conformidad con las relaciones oficiales de 1821, otros dos ataúdes, uno de madera y otro de hojalata, cuyas tapas levantamos con exquisito cuidado. El último ataúd estaba forrado de satén blanco, que, desprendido con el tiempo de su adherencia, envolvía el cadáver á manera de sudario. No hay necesidad de describir aquí la callada inquietud con que aguardábamos el momento de ver lo que la muerte había dejado de Napoleón. A pesar de lo bien conservados que estaban la tumba y los ataúdes, apenas esperábamos encontrar unos cuantos restos informes, preservados por las

partes más resistentes del uniforme. Pero, cuando el doctor Guillard levantó el lienzo de satén, todos los circunstantes se sorprendieron tiernamente y algunos se echaron á llorar. El Emperador mismo estaba ante nosotros. Aunque alterados, los rasgos del semblante eran perfectamente identificables; las manos de maravillosa hermosura; el tan famoso y con tanta frecuencia reproducido uniforme, apenas tenía deterioro y conservaba la misma viveza de colores, así como también estaban en buen estado las charreteras, condecoraciones y el sombrero. La postura del cadáver era tan natural, que si los harapos del forro de satén no cubrieran, como finísimo tul, algunas partes del uniforme, hubiérase dicho que Napoleón dormía en su cama de campaña. El general Bertrand, M. Marchand y los demás allí presentes que habían asistido á la inhumación, nos indicaron los diversos objetos que cada cual había colocado en la tumba, y todos estaban en el sitio y posición exacta que dijeron, hasta el punto de advertir que la mano izquierda estaba ligeramente levantada, tal como la soltó el general Bertrand después de besarla por última vez en el momento del sepelio. Entre las piernas, cerca del sombrero, se hallaban los dos vasos con el corazón y el estómago, pero el doctor Guillard vió que ambos estaban fuertemente adheridos al cadáver y no quise perturbar con un examen de fútil curiosidad el apacible reposo de la muerte.

... En menos de dos minutos se tomaron las convenientes medidas de conservación.

Taparon cuidadosamente los dos ataúdes interiores; el de plomo quedó fuertemente sujeto en el nuevo por medio de cuñas de madera, y soldados ambos después, con toda precaución, bajo la vigilancia del doctor Guillard. Por último cerraron el ataúd de ébano, así como el exterior de encina, y el capitán Alexandre me entregó la llave, diciéndome, en nombre del gobernador, que desde el momento de llegar al punto de embarque quedarían los restos mortales de Napoleón á la disposición del gobierno francés. Respondí que mi gobierno me había encargado de recibir los restos de manos de las autoridades británicas, y que tanto yo como todos los individuos de la comisión francesa estábamos dispuestos á acompañar el féretro hasta el muelle de James-Town, en donde Monseñor el príncipe de Joinville, jefe superior de la expedición, lo recibiría para transportarlo á bordo de la fragata.

Antes de nuestra llegada, había preparado el gobernador un coche fúnebre de cuatro caballos, adornado con la pompa que consentían los recursos de la isla, es decir, penachos y arreos de luto y un hermoso paño mortuario. Puesto ya el ataúd en el coche, mandé cubrirlo con el magnífico manto imperial traído de París, cuyas cuatro puntas llevaban los generales Bertrand y Gourgaud, el conde de Las Cases y el señor Marchand. A las tres y media de la tarde se puso en marcha la comitiva, precedida por el abate Coquereau y un monacillo con cruz alzada. Presidí el duelo en calidad de comisario regio acreditado por el gobierno francés y el acompañamiento se formó en el orden ya indicado... La mayoría de los habitantes y los soldados de la guarnición siguieron tras el coche fúnebre hasta el muelle; pero salvo la escolta de artillería necesaria para conducir los caballos y sostener el coche en las pendientes rápidas, los individuos de la comisión francesa ocupaban los puestos más cercanos al féretro. El general Middlemore, no obstante su quebrantada salud, siguió á pie en la comitiva en compañía del general Churchill, jefe de estado mayor del ejército de la India, llegado dos días antes de Bombay. El enorme peso del féretro y lo escabroso del camino exigían á cada paso exquisitas precauciones. El coronel Trelawney quiso mandar en persona el piquete de artillería encargado de guiar el coche, y, gracias á sus cuidados, se efectuó la traslación sin el menor tropiezo.

Durante toda la carrera dispararon de minuto en minuto los cañones de los fuertes y las baterías de *La Belle-Poule*. Después de una hora de marcha cesó la lluvia, que había empezado á media noche, y al llegar á la población brillaba el sol con tiempo espléndido.

Por la mañana, á la salida del sol, se empavesaron de luto nuestros tres buques de guerra, *La Belle-Poule*, *Favorita* y *Orestes*, con las vergas en cruz y los pabellones á media asta. Dos buques mercantes franceses, la *Bonne-Aimée*, mandada por el capitán Gillet, y el *Indien*, por Triquetil, que habían fondeado dos días antes, se pusieron á las órdenes del príncipe, siguiendo durante toda la ceremonia los movimientos de *La Belle-Poule*. Los fuertes de la ciudad y los consulados ondearon también la bandera á media asta.

A la entrada de la población formaban las tropas en dos filas hasta la extremidad del muelle, con las armas á la funerals y los

oficiales con crespón al brazo y la espada levantada en alto. Se había publicado un bando para que los vecinos se mantuvieran en sus casas y así se veían repletos de gente los terrados que dominaban la ciudad, cuya calle principal estaba ocupada por el regimiento 91 en la acera derecha y las milicias de la isla en la izquierda.

En la punta del muelle esperaba Monseñor el príncipe de Joinville, con uniforme de gala, al frente de las planas mayores de los tres buques franceses. Allí se detuvo la fúnebre comitiva después de dos horas de marcha. Las autoridades inglesas quisieron que se tributaran á los restos del Emperador los más elevados honores oficiales y pomposos homenajes, que entrañaban el adiós que le daba Santa Elena. Desde aquel momento, la mortal envoltura de Napoleón iba á pertenecer á Francia.

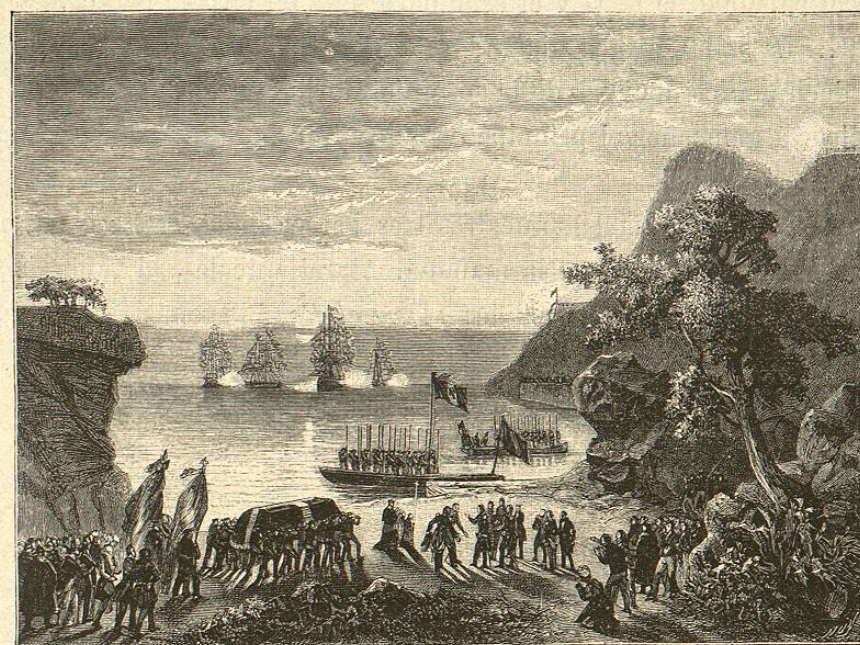
Luego que se detuvo el coche, me aparté de la comitiva para situarme junto al príncipe, quien entonces se adelantó sin escolta para recibir solemnemente el féretro de manos del general Middlemore, al que agradeció, en nombre de Francia, los testimonios de simpatía y respeto con que las autoridades habían dado realce á la ceremonia.

Una falúa de honor estaba dispuesta para embarcar el féretro, bajo la dirección personal de S. A., y durante el embarque la banda de á bordo ejecutó una marcha fúnebre y las embarcaciones menores formaron círculo, con los remos á la funerala. Al entrar el sarcófago en la falúa, se enarboló en ella un magnífico pabellón real, bordado al efecto por las señoras de James-Town, y al mismo tiempo izó la fragata la bandera francesa. Todos los buques obedecieron los movimientos del barco almirante y la división francesa se revistió de gala para recibir el féretro imperial bajo la bandera de Francia.

El ataúd quedó cubierto en la falúa con el manto imperial. Monseñor el príncipe de Joinville se colocó junto al timón, el doctor Guyet en la proa, y Bertrand, Gourgaud, el conde de Las Cases, Marchand y el abate Coquereau ocuparon en torno del féretro los mismos puestos que en la comitiva. Yo permanecí á popa con el comandante Hernoux, algo delante del príncipe. Al zarpar la falúa, los fuertes dispararon una salva de 21 cañonazos y otras dos de igual número durante el trayecto, á las que nuestros buques respondieron con toda su artillería. A las seis y media llegamos al costado de *La Belle-Poule*, á cuyo

bordo, así como el de las demás embarcaciones, estaban los tripulantes subidos á las vergas gorra en mano.

Monseñor el príncipe de Joinville había mandado levantar en el puente de la fragata una capilla, adornada con banderas, pabellones de armas y ornamentos fúnebres, con el altar puesto al pie del mástil de mesana. Nuestros marineros subieron á hombros el féretro, entre dos filas de oficiales, espada en mano, y lo colocaron sobre los entre-



El cuerpo de Napoleón abandona la isla de Santa Elena, el 15 de Octubre de 1840.
(Copia de una estampa litográfica de Monthezier.)

paños del puente de popa, cubierto también por el manto imperial. Aquella misma tarde se rezaron los responsos.

Toda la noche permaneció el cadáver en la capilla ardiente, velado por el abate Coquereau, bajo la custodia de la guardia de prevención al mando de un oficial en traje de gala. Durante toda la noche tuvo la fragata enlutados sus pabellones, con el estandarte real cubierto de un crespón negro en el palo mayor.

Al día siguiente, á las diez de la mañana, se celebró misa de difuntos, asistiendo á ella las planas mayores y parte de las tripulaciones. S. A. R. se colocó al pie del túmulo y los demás individuos de la comisión ocuparon los mismos puestos que la tarde anterior en la falúa. Las fragatas *Favorita* y *Orestes* disparaban cañonazos cada